

Introducción

El discurso constituye un instrumento esencial para la filosofía, un elemento irrenunciable de cualquier sociedad libre. En este sentido, continúa siendo un discurso actual. Sin embargo, por sí mismo, el discurso no engendra la verdad, únicamente la pone a prueba. El relato filosófico consiste en una determinación hacia la verdad, de lo contrario estaríamos hablando de mera ideología.

La experiencia de finitud constitutiva del ser humano, vivida como temporalidad, impulsa al hombre a un futuro no planificable, donde la novedad asume un rango dominante. El hombre se vive como un ser que se autotranscende. Necesita algo por lo que merezca la pena vivir. El corazón vuelto hacia sí mismo, del que hablaba san Agustín (*cor curvatum in se ipsum*), ya no es humano en sentido propio. La apertura ilimitada del hombre y su radical insatisfacción dentro de los límites de este mundo postulan, como sostiene Blondel en *L'Action*, un sentido ulterior; el anhelo de infinitud proviene de un previo conocimiento de lo infinito, huella dejada en nosotros por esa misma realidad infinita.

Lo que constituye el objeto adecuado de la autotranscendencia es Dios. Para Nietzsche la idea cristiana del amor divino es la más elevada de la humanidad precedente, porque enseñó al hombre a

dirigirse a algo más grande que él, y porque así el hombre aprendía a crecer asimilando lo otro-que-él. Solamente de esta manera el hombre se humaniza en sentido propio. El anhelo de infinitud y de trascendencia es reconocible en nuestra experiencia. La huella de Dios en nosotros, manifestada en nuestro deseo de felicidad plena, y el reconocimiento de su Presencia tiene lugar en la propia experiencia personal; no es algo exterior, sino vivido incluso en las situaciones de la pura cotidianidad.

La forma de vivir el estar abocados hacia un futuro absoluto exige la virtud de la esperanza cristiana. Esta esperanza es Cristo, que inaugura una plenitud cuya consumación será una salvación soteriológica. Es la gran novedad frente al mundo pagano: un Dios vivo que, sin dejar de ser trascendente, entra en el tiempo incorporando en el mundo y en el hombre un *novum* permanente. El acontecimiento de Cristo transforma íntegramente la vida de los hombres de cultura pagana, abriéndolas a la eternidad; de lo contrario, como dirá san Pablo, somos los más desgraciados de todos los hombres.

Pero no, estamos creados para la gloria del *éschaton*, para una plenitud que se nos da en Jesucristo, y que se anuncia en las mismas experiencias intramundanas de parcial plenitud. La Creación entraña una consumación de la historia terrena que signifique plenitud de lo humano, cumplimiento definitivo de una historia con sentido. La máxima cercanía de Dios a la Creación será el acontecimiento de la *parusía*, la respuesta sobreabundante de Dios a la cercanía humana, el encuentro definitivo entre Dios y sus criaturas, el *summum* de la presencia de Dios en lo creado, una unión que en la reflexión teológica sea *spes caritatis informata* y que, como mantiene san Agustín, constituye un «sábado eterno», posesión que consiste en conocer, amar y alabar.

La vida eterna es considerada como una unión íntima amorosa con el misterio de las tres personas divinas. La asimilación realiza-

da en la encarnación del Verbo exige la respuesta libre del hombre, apareciendo la existencia como *rerum optatum*, tiempo que Dios concede al hombre para hacerse apto para Él, participándose así de la misma vida divina. Esta eternidad es comprendida como un permanente dinamismo que no puede extenderse a lo largo de una duración idéntica a nuestro tiempo.

Con lo dicho, hemos creado el escenario necesario que pre-dispone la comprensión del diálogo sobre la trascendencia entre la filósofa estadounidense Martha Nussbaum y el filósofo canadiense Charles Taylor. El paradigma de *Trascendencia encarnada*, el acontecimiento de Cristo, se presenta como la respuesta al desafío que Taylor dirige a Nussbaum, al percibir en sus trabajos la mutilación de la aspiración estructural del hombre a la trascendencia, a un «más allá» que viene a dar respuesta a ese anhelo del hombre de infinitud. Dios se da al hombre, siendo éste elevado mediante la asimilación a la Persona del Verbo, produciendo así una íntima comunión que significa felicidad sobreabundante. La Encarnación es el *locus* del encuentro entre el hombre y Dios. El don del ser de Dios es el don del Hijo de Dios *encarnado*.

Al parecer de Charles Taylor, la interpretación que Nussbaum hace de Aristóteles repudia la aspiración de vivir una vida trascendente divina como inapropiada para un ser humano. Creemos que Nussbaum interpreta correctamente a Aristóteles, pero comprendemos también que, desde la Revelación, existe la *posibilidad* de una elevación a la vida de Dios y su plenitud por pura gracia. Mantendremos incluso que no existe el hombre que no haya sido creado en vistas a Cristo. Aristóteles no tiende a ningún fin sobrenatural; reconoce su finitud pero no tiende a lo que para él es imposible o no le corresponde como bien práctico. Si no hubiese una revelación, una promesa de elevación, sería irracional orientar el actuar libre del hombre a recibir de Dios una felicidad sobrenatural. Sería, como dice Aristóteles, un atrevimiento. Para

el Estagirita, lo único que podemos hacer respecto de los dioses es ganarnos su favor, porque lo divino es «lo totalmente otro y por encima de nosotros».

Para Nussbaum, las raíces de nuestro deseo de trascender se encuentran en el malestar que experimentamos en nuestra finitud. Desde esta perspectiva, la filósofa estadounidense percibe dos problemas respecto a la aspiración a la trascendencia. El primero es que el deseo de trascendencia obedece a una compensación a los límites humanos; pero el amor humano, dirá Nussbaum, es inseparable de esos límites de la condición humana. El segundo problema es que el deseo de trascendencia nos incapacita para conseguir la plenitud humana, no en el más allá, sino ahora, llevándonos a odiar nuestros deseos y necesidades. Aquí Taylor verá que el enemigo al que apunta Nussbaum es el cristianismo, el mismo al que apuntara Nietzsche al acusar de nihilista por negar el valor de este mundo en provecho de un hipotético más allá.

Taylor propone entender la religión en términos de *trascendente/inmanente*: la religión debe entenderse, según el profesor canadiense, desde los parámetros de la trascendencia. Para Taylor, las causas de la increencia actual son el individualismo moderno, centrado en el yo y que desatiende la trascendencia, y el *humanismo exclusivo*, una concepción de la vida buena centrada en la consecución del florecimiento humano, erradicando también toda dimensión trascendente.

La cuestión debatida, que centrará nuestro ensayo de antropología teológica, es la siguiente: ¿nuestra meta apropiada es una actividad conforme a la completa excelencia humana más alguna forma de trascendencia o, por el contrario, para perseguir adecuadamente el bien humano en su totalidad debemos dejar de lado nuestro deseo de trascendencia? Mientras que para Nussbaum conviene una trascendencia *humana e interna*, para Taylor, «el punto de vista inclusivo» de una vida buena exige la *eudaimonía*

aristotélica más la aspiración a la trascendencia, superando así «el punto de vista estrecho», es decir, la *eudaimonía* aristotélica y nada más.

Es imposible negar, sin alterar la naturaleza humana, la aspiración a la trascendencia. Nussbaum se mantiene en un plano puramente filosófico, sin interesarse por un perfeccionamiento ulterior que no sea el de una vida conforme a la razón, descartando de su discurso la constitutiva aspiración a una trascendencia religiosa o divina. La conciencia de los límites humanos o de finitud es precisamente la condición de posibilidad de la infinitud. ¿Quién puede mantener la idea de que la lucha por mejorar las condiciones del ser humano viene debilitada por la aspiración religiosa de otra vida, como si esta aspiración fuese un camino contrario a la vida humana, una forma de vida extraña a la trascendencia *interna*? La propuesta religiosa, lejos de «mutilar» al ser humano, *eleva* al hombre, lo transforma en un «hombre nuevo», convirtiéndose así en un ámbito de florecimiento, cumplimiento y plenificación de esta misma vida humana.

Nuestra autora pretende que la felicidad humana quede confiscada por el acceso de lo temporal y humano, un planteamiento secularista que repliega al hombre sobre su voluntad y dificulta la trascendencia *exterior*. Nussbaum cierra el paso a una referencia fundacional de la acción humana o al reconocimiento del don divino. No apreciamos en ella ningún vínculo ontológico entre vida virtuosa y fin último. La acción humana precisa recuperar su referencia fundacional, el punto de vista *inclusivo* demandado por Taylor, la apertura del dinamismo de la acción humana al reconocimiento del don divino.

Por su parte, Taylor excluye de su planteamiento la virtud ética. La paradoja del pensador canadiense es elocuente: ¿cómo alcanzar la vida plena que reprocha a Nussbaum no conseguir en la apertura a la trascendencia cuando al mismo tiempo se suprime

la virtud para poder alcanzarla? ¿Qué felicidad se propone cuando se elimina la virtud ética, sin la cual el hombre no puede ser libre, quedando incapacitado para la vida buena que se pretende alcanzar?

El paradigma cristiano es presentado en este breve estudio con la pretensión de ofrecer la verdad que exige el diálogo entre Nussbaum y Taylor. La propuesta cristiana es la de una razón abierta a la novedad de la Trascendencia, del Eterno que sin perder su Gloria entra en la historia; una *Trascendencia encarnada*, «el rostro humanado de Cristo y el rostro divino del hombre», un acontecimiento «ni enteramente mundano ni enteramente divino».

Asumimos así el punto de vista de una antropología abierta a la teología, la necesidad de remitirnos a una instancia trascendente que ilumina la existencia humana y le da una orientación decisiva. El acto de crear, de dar el ser de la nada, es propio exclusivamente de un Dios que trasciende toda finitud, de un Dios infinito y absoluto. Sólo el Infinito que se encuentra más allá de toda finitud es capaz de otorgar el ser desde la ausencia de presupuestos, *ex nihilo*. La auténtica trascendencia e infinitud remite a un único Dios que por amor nos envía a su Hijo único «para que todos los que creen en él tengan vida eterna». Nosotros *hemos creído en el amor de Dios*, y sólo cabe creer en el amor de Dios cuando se trata de un Dios que es amor y, por ello, personal, trascendente y creador.